

El Cadete D. Juan Vázquez Afán de Ribera

Héroe granadino que luchó y murió en la defensa de Madrid en 1808 junto a Ruiz, Daoíz y Velarde

El pequeño héroe del Dos de Mayo, el cadete granadino Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera, conocido popularmente y en el mundo militar como “el cadete Afán de Ribera” con sólo doce años, fue uno de los resistentes en el Parque de Artillería junto a Velarde y Daoíz.

En el cementerio de La Florida, en el camposanto dedicado a los héroes del Dos de Mayo aparece el nombre de Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera, un jovencísimo cadete de doce años, que protagonizó una de las muchas hazañas de aquel levantamiento popular contra los franceses. La casa granadina de los Afán de Ribera, situada en Nueva de San Antón, también recuerda la gesta del infante.

El 24 de enero de 1796, en la casona familiar de los Afán de Ribera, ubicada en la calle de San Miguel Baja, nació el pequeño Juan, cuya vida fue tan breve que no pasó de la adolescencia, pero cuyo nombre quedó en aquel 2 de mayo de 1808 prendido para siempre en nuestra historia. Descendiente de una ilustre familia, su bisabuelo Gaspar Afán de Ribera, señor de las villas de Cázulas y la Almixara, regidor perpetuo de la villa y corte de Madrid y teniente coronel de Milicias de la ciudad de Granada, casó con María Inés de Montemayor.

Era a su vez, descendiente directo del Adelantado Mayor del Andalucía y Capitán General del Ejército, Don Per Afán de Ribera y Sotomayor, nacido en el año 1338, que jugó un gran papel en la conquista de Antequera y en la guerra de Granada y descendiente directo de dos de los fundadores de la Real Maestranza de Caballería de Granada en el año 1.686, D. Melchor y D. Baltasar Afán de Ribera y Gadea Bazán.

Del matrimonio de Don Gaspar Afán de Ribera y D^a. M^a. Inés de Montemayor nació a comienzos del siglo XVIII, Juan Pedro Afán de Ribera y Montemayor, heredero de las posesiones anteriores y alférez de las Milicias de Granada y Coronel de Dragones, brazo derecho del General Castaños en la batalla de Bailén. Casó dos veces este señor, la primera con Josefa de la Sota y Calderón de la Barca, y la segunda con María de Gracia Entrala. De la primera unión nacería Angustias, madre de nuestro personaje, casada con

Juan Manuel Vázquez Teherán, Sargento mayor distinguido (grado que hoy se conoce como Comandante), del Regimiento de Infantería de Granada.

Se piensa que el padre moriría en fechas tempranas. Quizá de ahí el interés por dejarle colocado ya que tenemos constancia de las reiteradas solicitudes para que le fuera concedida la gracia de ser admitido como cadete. Tras varias negativas se admitía la petición cursada, ingresando Juan en el Regimiento de Infantería Voluntaria del Estado, donde al parecer se encontraba destinado por entonces Juan Manuel Vázquez Teherán, su padre.

Su ingreso se produce en enero de 1808 y poco podía imaginar el joven aspirante que su destino había quedado marcado aquel mismo día. Seguir su rastro hubiera sido imposible en los momentos de confusión que siguieron a la entrada de los franceses y a los acontecimientos que iban a abrir el pórtico a esa guerra conocida como de Independencia. El azar, sin embargo, quiso jugar una baza que ha permitido mantener el recuerdo de su memoria.

Se trata de un escrito cursado por su madre y dirigido al gobernador de Madrid, solicitando la búsqueda del hijo, ausente de la casa materna. Los datos que en él se consignan son fundamentales para fijar la imagen de Juan Vázquez Afán de Ribera. «Cadete de la segunda compañía del tercer batallón de Voluntarios de Madrid, de doce a trece años, uniforme azul con vueltas negras, chaleco blanco, pantalón de gamuza con pieles, botas, sombrero redondo con escarapela encarnada, presilla, cordones y charretera de oro; estatura regular, bien parecido, redondo de rostro, rubio obscuro, algo gordito, sonrosado, con un diente roto y habla andaluza».

Es evidente que la madre nunca volvería a ver al hijo, que formaba parte de aquellos cuarenta hombres, mandados por el capitán Rafael Goicoechea, pertenecientes al Regimiento de Infantería Voluntaria, que fueron destinados a defender, el 2 de mayo de 1808, el parque de artillería de Monteleón. Su nombre figura, sin lugar a dudas, en las listas de los muertos en aquella heroica jornada. Pero no sólo su nombre. En algún relato de la resistencia que contra toda posibilidad allí se llevó a cabo, se traza un somero apunte de su actuación. Leámoslo: en la lucha de aquel día -se dice en él- «destacóse la figura noble y patriótica del teniente Ruiz, del cadete Juan Vázquez Afán de Ribera y de otros varios soldados de temple y alma grande, que son orgullo de la Infantería».

Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera era caballero cadete del arma de Infantería y estaba integrado en la 2ª compañía del tercer batallón del Regimiento de Voluntarios en Madrid. Aquella mañana del dos de mayo de 1808, el joven salió apresuradamente de su casa. Su madre intentó retenerlo, pero el ambiente en las calles y los gritos del paisanaje, lo arrojaron a las calles, para unirse a su destacamento y posteriormente acudir en defensa del Parque de Artillería de Monteleón, donde se encontraban Daoíz, Velarde y a las órdenes del teniente de Infantería Jacinto Ruiz.

Juan Manuel Vázquez y Afán de Rivera fue testigo del acto 'patriótico' de Daoíz, quien había recibido la orden de no formar causa común con el pueblo. Pero los gritos de los españoles y sus llamadas a la lucha a las puertas del Parque de Artillería provocan el gesto: hiérguese decidido, rompe en menudos pedazos la orden, desenvaina su espada y manda franquear la puerta a los paisanos, que se repartieron en un momento todas las armas disponibles.

Apenas habían tenido tiempo los defensores del Parque de colocarse en sus puestos, cuando aparecieron tropas enemigas. La división Wesfaliana del general Lefranc había penetrado en la villa por la puerta de Fuencarral. Las tropas francesas se aproximaban al Parque de Artillería en silencio, sin precaución alguna, y permaneciendo la puerta cerrada, se disponían los gastadores enemigos a forzarla con sus útiles, cuando a la voz de ¡fuego! de Daoiz hicieron una descarga los cañones colocados en el patio, mientras desde los balcones y ventanas disparaban sus fusiles los paisanos apostados en las casas inmediatas, ante cuya inesperada agresión, que les causó muchas bajas, huyeron en desorden los franceses.

Sin pérdida de tiempo dispuso Daoiz abrir la destrozada puerta y sacar tres cañones, que se colocaron: uno frente a la puerta, y los otros dos en dirección de las calles de San Bernardo y de Fuencarral, en la calle de San José, hoy de Daoiz y Velarde.

Más precavidos ya los franceses, colocaron dos piezas de artillería en la calle de San Bernardo, y empezaron a cañonear a los 'patriotas' españoles, preparando el ataque de una fuerte columna. Unos y otros marchaban a paso de carga, sin que pudiese contenerlos el nutrido fuego que se les hacía.

Los últimos disparos, hechos a quemarropa, causaron tal estrago en los agresores, que por segunda vez fueron rechazados, huyendo tan

precipitadamente las últimas fracciones de la columna, que los enemigos que estaban más próximos tuvieron que entregarse prisioneros.

La tercera acometida fue más ruda y sangrienta. El mismo general Lefranc púsose a la cabeza de dos batallones, que formados en masa compacta, se lanzaron a la bayoneta, sin disparar un tiro, sobre aquel reducido número de españoles, los cuales, faltos ya de municiones, cargaron los cañones con piedras de chispa, que obrando como metralla, abrieron grandes claros en las apretadas filas francesas; mas no por esto se detienen los enemigos, que llegan hasta los cañones, y se confunden con los artilleros, impotentes ya, defendiéndose éstos personalmente.

Jacinto Ruiz yacía confundido entre los muertos, roto un brazo y herido en el pecho; Pedro Velarde había caído muerto de un balazo, y Luis Daoiz, rodeado por todas partes, cayó en aquellos momentos acribillado a bayonetazos, lo mismo que los pocos artilleros y paisanos que quedaban con vida en la inmediación de la puerta.

Tres horas después de haberse roto las hostilidades había terminado toda resistencia, y los franceses se posesionaron tranquilamente del Parque de Monteleón, cuyo arco se conserva todavía.

Un valiente

El joven niño Afán de Ribera, según el testimonio de algunos soldados supervivientes, destacó por su valentía, que le llevó a hacer retroceder y liquidar a numerosos franceses antes de morir. En una posición avanzada que defendía junto al teniente Jacinto Ruiz, cayó tras ser alcanzado por una ciñuela, que le provocó la muerte. Afán de Ribera, según el soldado Manuel García, salvó la vida de algunas mujeres y niños que se encontraban en el cuartel. Otro testimonio señala que el niño dio la vida por salvar la del mando Jacinto Ruiz.

Tradición perdida

Tras la batalla su cuerpo de niño fue retirado por sus familiares que le dieron sepultura. El cadete Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera había nacido en Granada en 1796 y pertenecía a una familia, la de su madre, enraizada en la capital de la Alhambra desde la llegada de los Reyes Católicos. Todos los días dos de mayo el cuerpo de Infantería ofrecía una misa en la granadina Iglesia de la Magdalena en memoria del cadete, una tradición que se perdió en el año 1996.

El nombre de este niño también se encontraba en una destrozada placa hallada en 1936 en el Alcázar de Toledo por el soldado nacional Manuel Morales. El recuerdo al infante granadino y a su heroísmo había sido ordenado en su honor por el rey Alfonso XIII, el 14 de julio de 1908. En él se puso de relieve el ejemplo que el valor del cadete Afán de Ribera supuso en aquellos momentos en que la defensa de la patria era fundamental. En aquel acto se descubrió una lápida, original del escultor Aniceto Marinas, conmemorativa del acto que se celebraba. Dicha lápida se trasladaría con posterioridad al Museo del Ejército de Madrid.

En la mención granadina, la situada en la calle de San Miguel baja –que hoy lleva el nombre de Afán de Ribera-, reza una frase que resume el espíritu de Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera: «A los que mueren por su patria los recoge la inmortalidad».

A pesar de su corta edad -se ha escrito- «fue digno descendiente de aquellos nobles guerreros que intervinieron en las luchas por la reconquista de la patria al lado de los Reyes Católicos; de aquellos ilustres duques de Alcalá famosos por su valor y su grande ilustración y cultura».

Mención especial merece decir que el pequeño cadete era sobrino-nieto del famoso Capitán de Fragata Pedro Afán de Ribera, héroe marino y único oficial superviviente en el hundimiento de las Mercedes, en 1804, que luchó hasta el final de la batalla, quedando muy malherido y que gracias a la carta que escribió al Rey Carlos IV relatándole todo lo sucedido en aquella batalla, en la que los ingleses asaltaron a traición a la flota española y que fue utilizada como prueba, ganamos el juicio del famoso tesoro del Odyssey.

Es curioso como los caprichos del destino y los acontecimientos que abrieron el pórtico a esa guerra conocida como de Independencia, hicieron que el niño-héroe muriera en el levantamiento del 2 de Mayo, mientras su propio abuelo materno Juan Pedro Afán de Ribera y Montemayor, cerraba esa guerra combatiendo con el grado de Coronel, en la batalla de Bailén al lado del General Castaños y que se saldó con la victoria que vengaba la propia muerte de su nieto.

Granada a 18 de octubre de 2018